

XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario C

Solemnidad. Jesucristo Rey del Universo

Dimas tenía razón

"Uno de los malhechores crucificados con Jesús le decía: Acuérdate de mí cuando estés en tu reino. Jesús le respondió: Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso". San Lucas, cap.23.

En el verano de 1099, las campanas de toda Europa repicaron con inmensa alegría. Y al compás del repique, corrió por las aldeas y ciudades la noticia: Jerusalén ha sido liberada. Culminaba la primera cruzada, promovida por Urbano II para expulsar a los sarracenos de la ciudad santa.

Eran otros tiempos, otra lectura del Evangelio, otra concepción de Iglesia. Ese Cristo Rey que ordenaba exterminar a los infieles hoy nos pide actitudes muy distintas, frente a quienes profesan otro credo o una ideología diferente.

Antes que los judíos atribuyeran a Dios categoría de rey, lo habían conocido como el creador de la naturaleza. Aquel que hace nacer el sol y envía las lluvias, el que fecunda los rebaños y multiplica las cosechas. Sólo cuando Israel se transformó en monarquía, en tiempos de Saúl, el pueblo empezó a invocar a Yahvé como rey del universo.

Las naciones paganas también miraban a sus dioses como soberanos del mundo. Así sucedía en Babilonia, Egipto, Grecia y más tarde en Roma. Pero enseguida los apelativos de "rey de la tierra" y "dios del cielo" se intercambiaron. Los supremos gobernantes empezaron a reclamar para sí obediencia y adoración.

La iglesia primitiva sólo aceptó como rey a Jesucristo. "Porque sólo Tú eres santo, sólo Tú Señor, sólo Tú Altísimo", canta un himno litúrgico de entonces, que ha llegado hasta nosotros. Y este desconocimiento del emperador le valió la muerte a muchos discípulos de Jesús.

Pero cuando Constantino dio libertad a los cristianos, la figura del Señor empezó a adornarse, en la mente y en el corazón de los creyentes, con elementos propios de los reyes. Así lo muestran aquellos cristos bizantinos, vestidos a la usanza imperial, de rostro áspero y mirada severa.

Corrieron los siglos, y la Iglesia se vio convertida en cristiandad, algo muy semejante a un reino temporal, donde la cruz y la espada se unieron hipostáticamente.

Sin embargo, el reino predicado por Jesús es de otro estilo. Se construye por relaciones de justicia y de paz entre todos, se afirma en la esperanza. Se ilumina con una alegría que sólo Dios puede regalar. Es un reino que no requiere ni espadas ni legiones, como lo afirmó el Señor ante Pilatos.

Pero hubo alguien que sí entendió de veras ese Reino de Dios, del cual nos hablan muchas parábolas de Cristo. Uno de los ladrones crucificado también en el Calvario leyó el letrero que Pilatos ordenó sobre la cruz del Maestro: "Jesús Nazareno, rey de los judíos". Y comprendió que ese profeta agonizante sí era Rey, con poder para rendir a todos los hombres. De ahí su grito: "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino". Dimas tenía razón.

Jesús le responde: "Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso". Un ladrón, que como dice san Agustín, también se robó el cielo.

Si alguno de nosotros comprende un día ese reinado de Cristo y le entrega la vida, se alegrarán el cielo y la tierra, mucho más que aquel verano de 1099, cuando capituló Jerusalén.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y